

SOLEMNIDAD DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

Homilía de Mons. Emilio Aranguren Echeverría, Obispo de Holguín

En la s.i. catedral de san Isidoro, 6 de enero de 2019

Queridos hermanos:

Esta es una convocatoria especial a las comunidades de la ciudad de Holguín para esta celebración de la Solemnidad de la Epifanía del Señor. La razón es muy sencilla. Responde a nuestro Año de Gratitud por el 40º aniversario de la creación de nuestra Diócesis.

Destaco dos detalles:

– En el atrio izquierdo (a la calle Luz Caballero) está grabado en el suelo, el escudo de San Juan Pablo II y, posteriormente, fue colocada su imagen en el otro lateral. Ambos signos responden a lo que hoy conmemoramos. Fue el Papa Juan Pablo II, quien a los pocos meses de haber iniciado su ministerio como Sucesor de Pedro, tomó la decisión de erigir esta Diócesis, segregando su territorio de la antigua Arquidiócesis de Santiago de Cuba. En el mismo documento (pergamino que llamamos Bula Pontificia) está escrito que el templo parroquial de San Isidoro es elevado a rango de Catedral de la nueva diócesis y que su primer obispo será Mons. Héctor Luis Peña Gómez quien, hasta esa fecha, era Obispo Auxiliar de Santiago de Cuba.

El 26 de junio de 2005, fecha en la que Mons. Hector Luis Peña y Mons. Pedro Meurice Estiu celebraron las Bodas de Oro Sacerdotales, al concluir la Misa Jubilar en este mismo templo, Mons. Peña bendijo la imagen de Juan Pablo II para expresar el agradecimiento por este hecho que hoy conmemoramos. Por esta razón el Papa Francisco, en su recorrido de la Plaza al Obispado, hizo aquí una parada para venerar a su predecesor y, junto a su imagen, saludar a los enfermos, ancianos y niños de brazos que estaban allí agrupados.

– El otro signo, también está grabado en el piso del atrio de la derecha (a la calle Aricochea). Es el escudo episcopal de Mons. Peña que tiene como lema: “*¡Cuam incompresibilia Dei!*”, tal como escribe San Pablo en su carta a los Romanos (11,33): ¡Qué insondables son tus caminos, Señor! Y, a partir del testimonio de Mons. Peña, él escogió ese lema y le añadió el signo de la estrella con su arco luminoso, ya que fue el día de la fiesta de la Epifanía del Señor cuando él recibió el anuncio de su nombramiento como Obispo, en el año 1970. Y él, sintiéndose apocado ante aquel anuncio, repitió: “¡Qué incomprensibles son tus caminos, Señor!”

Ya que he hecho mención de estos signos ubicados en los atrios laterales de nuestra Catedral, quisiera también resaltar -dentro de este ambiente navideño que hoy concluimos- la colocación de los nichos con las imágenes de San José y de la Virgen Inmaculada en los dos laterales en el interior de nuestro templo. Dios mediante, el 19 de marzo del año 2020, Mons. Peña celebrará sus Bodas de Oro de ordenación episcopal, ya que su nombramiento episcopal fue el 6 de enero de 1970, pero la consagración fue el 19 de marzo en este templo del que había sido vicario cooperador y párroco durante muchos años. La colocación de la imagen de la Inmaculada -por esas cosas de Dios (y podemos repetir: “¡Qué incomprensibles son tus caminos, Señor!”)- coincide con la llegada a nuestra Diócesis de la Comunidad del Instituto de los Hermanos Maristas (integrada por dos Hermanos y un matrimonio misionero). Y digo “coincide”, porque esa imagen que ahora veneramos es la que estuvo en la Capilla del Colegio en la loma del Reparto Alturas de Paredes. Por ello, los antiguos alumnos Maristas la llamamos: la “Buena Madre” y, seguro estoy, que algunos de los AA que permanecen en nuestra ciudad, en uno de estos días vendrán a ponerse delante de ella, mirarla, y en el silencio de su corazón, recordando su infancia o juventud, repetirán lo que tantas veces cantamos: “*Cuántas veces siendo niño te recé, ... hoy he vuelto, Madre, a recordar cuántas cosas dije ante tu altar y al rezarte puedo comprender que una Madre no se cansa de esperar*”.

¡Bienvenida Comunidad Montagne por su disponibilidad misionera para hacer presente nuevamente el carisma de San Marcelino Champagnat entre nosotros, especialmente en las nuevas generaciones!

Todos estos datos, acontecimientos, anécdotas y signos forman parte del ramillete de nuestro Año de Gratitud, porque -lo recuerdo- no debemos insistir en lo realizado por nosotros, sino en lo hecho por Dios en nosotros y de lo cual, en muchas ocasiones, no somos capaces de descubrir y, por lo tanto, agradecer. ¡Este Año de Gratitud es para esto! Y esta es la mejor manera de disponernos para preparar y vivir los 10 años que tenemos por delante, con vistas a celebrar en el 2029 las Bodas Oro como Iglesia Diocesana de Holguín.

Teniendo todo esto presente en nuestra experiencia de fe, hoy tenemos que pedirle un favor a los Magos, a aquellos sabios del Oriente. Fíjense que no hablo de pedir un regalo, sino un favor. Y el favor consiste en que nos enseñen a mirar al cielo como ellos lo hicieron. Con este propósito destaco el inicio del texto evangélico proclamado, cuando ellos se presentaron en Jerusalén y preguntaron:

“*¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido?*”. (Y añadieron la razón en la que se fundamentaban:)
“*Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo*”. (Mt. 2,2)

Queridos todos: para ver las estrellas hay que mirar al cielo. Y esa había sido la invitación que hizo el profeta Isaías a su pueblo (1ª lectura):

“*Levanta la vista en torno, mira*” (Is. 60,4)

Queridos hermanos, si no levantamos la vista y miramos al cielo no podemos decir lo que le escribió San Pablo a los Efesios:

*“Se me dio a conocer por revelación el misterio,
que no había sido manifestado a los hombres en otros tiempos, ...
que también los gentiles son coherederos,
miembros del mismo cuerpo y partícipes de la promesa de Jesucristo, por el Evangelio” (Ef. 3,4.6)*

Los protagonistas de la Navidad: José y María, los pastores y los magos, Simeón y Ana, fueron personas abiertas, acogedoras, que miraban a lo Alto. Sin embargo, los vecinos de Belén que no abrieron sus puertas para acoger a José y a María, así como el Rey Herodes con su estrategia mentirosa de aparentar la verdad, eran personas cerradas en lo suyo y, por lo tanto, solo se miran a sí mismos y por eso no pueden acoger, ya que se sienten inseguros, invadidos, temerosos.

Epifanía, bien sabemos que significa: “Manifestación hacia afuera”. El Misterio que celebramos destaca que el lucero iluminó no solo a los de aquel pueblo y cultura, sino también a los que vivían más allá de la frontera con otro idioma y otra cultura. Por eso, Pablo insiste en que *“también los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la promesa de Jesucristo”*.

Pensemos, queridos hermanos y hermanas, si nosotros somos de los que miramos al cielo y nos abrimos para ir y acoger a todos, o, por el contrario, si solo confiamos y nos sentimos bien en “lo mío”, en “lo nuestro”, “en lo de mi grupo”.

Recordemos que el lema de nuestro Año de Gratitud es la exhortación que hizo Isaías a su pueblo: **“¡Caminemos a la luz del Señor!”** (Is. 2,5) y hoy, dentro del marco de esta celebración, repito esta invitación en su doble dimensión:

– **Mirando hacia el futuro** (diez años por delante). Es una invitación a “salir”, a “compartir”, a “anunciar” porque miramos a lo Alto y confiamos plenamente que el Señor y la Virgen hacen camino con nosotros. No nos retraigamos, dejemos a un lado las expresiones que, a partir de experiencias vividas, se nos han inoculado y, a su vez, hemos transmitido: “ten cuidado”, “no te confíes”, “evita problemas”, “mejor que no”, “déjasele a otro”. Por suerte, los Magos, al ver salir la estrella, también salieron ellos y, por eso, abrieron camino para que otros los sigamos.

– **Mirando hacia el pasado**. Hace hoy 40 años se anunció que un obispo, siete sacerdotes, ninguna religiosa y un número reducido de laicos fieles que se reunían en sus templos; sin ninguna infraestructura y en un momento de mucha carga ideológica, dijeron “sí” a Dios al aceptar el desafío de ser una Iglesia local, llamada a cumplir con la misión que ello conlleva. Pienso que la estrella que puso Mons. Peña en su escudo episcopal haya sido un signo que, a los 9 años del sí al episcopado, le haya permitido decir: “¡Caminemos a la luz del Señor!”.

En aquella fecha, Mons. Peña tenía 49 años, el P. Necuze, 45; Mons. Aldama, 41; el P. Domínguez, 31; el P. Álvarez, 32, etc. y, entre los laicos, Manolo Martínez y Marcelino Cristo tenían entonces en torno a 38, y Chchichi Sors y Luis Portelles tres años menos, y por ahí cerca las Oblatas, etc. Y, además, otros y otras que hoy están en torno a los 70 o 60, que eran jóvenes profesionales o universitarios (20-22) y algunos empezando a vivir un noviazgo o matrimonio, y hoy son los adultos ya abuelos. Destaco, por su ordenación, al P. Paquinín y otros sacerdotes, así como la Hna. Yoyi y alguna otra religiosa. Además, otros muchos que han emigrado y aquellos que hoy sonrían desde el cielo.

Queridos todos, ¡somos eslabones de una cadena que, aunque pasen los años, las décadas, los siglos e, incluso, los milenios, miramos a lo alto cuando tenemos la Palabra de Dios en las manos para leerla pensando en Dios, nos arrodillamos frente al Sagrario para hacerle una visita al Santísimo, no dejamos de participar en la Misa dominical, no porque sea un precepto, sino porque sentimos la necesidad participar en la eucaristía comunitaria; miramos al necesitado y vemos en su rostro al de Jesús, rezamos el Ángelus cuando escuchamos la campana y, de manera especial, los laicos -de estas generaciones mencionadas- vivieron su experiencia de fe en medio de la sociedad y hoy son capaces de sonreír porque saben lo que es vivir la vocación laical, aunque muchos en la sociedad -dirigentes, jefes de empresas, directores de hospitales o escuelas, vecinos e, incluso, los mismos familiares- no sepan lo que es un “estado laico”, ya que de los 40 años vividos como Diócesis, 20 de ellos fueron vividos oficialmente en un estado ateo. De esta experiencia se deduce que aprender a hacerlo y todos estamos llamados a dar pasos en este sentido.

En la Misa del pasado 1º de enero, leímos en el Evangelio de San Lucas (2,20):

*“Los pastores **regresaron** glorificando y alabando a Dios porque todo lo que habían visto y oído era tal como les habían dicho”.*

Y hoy, del Evangelio de San Mateo (2,12) hemos escuchado:

*“Y advertidos en sueños que no regresaran donde estaba Herodes, **regresaron por otro camino”***

Después de la experiencia de un encuentro extraordinario, se regresa a lo cotidiano, “al afán de cada día” como dice el Evangelio, a lo ordinario. Pero se regresa con otra disposición, con otro espíritu, con otra mirada. Así lo hicieron los pastores y los magos y, de esa misma forma, estamos llamados a hacerlo nosotros.

Nuestro “regreso”, después del Año de Gratitud, lo hacemos con la mirada hacia el futuro, con un tiempo marcado: diez años. Por eso, cada uno de nosotros tendrá diez años más que los que tenemos hoy, pero lo haremos con una misma fe, lo cual nos permite continuar mirando a lo Alto y, a partir de esta experiencia -al igual que la de los pastores- nos disponemos a hacer este camino “*glorificando y alabando a Dios*”; y, los jóvenes, adolescentes y niños, sabiendo que van a recibir de nuestras manos la antorcha de la fe para continuar iluminando con la Luz de Cristo ese mundo de mañana del que somos responsables, ya que hoy somos sus constructores.

Esta es la razón, queridos hermanos y hermanas, que en esta Eucaristía, antes de la bendición final, vendrán al presbiterio los 11 jóvenes de nuestra Diócesis que peregrinarán el próximo sábado 19 para participar en la Jornada Mundial de la Juventud en Panamá. Un acontecimiento extraordinario del cual, Dios mediante, regresarán el día 30, y traerán una experiencia para compartir, después de encontrarse con el Papa Francisco y con jóvenes de todo el mundo, de diferentes culturas, idiomas, situaciones políticas, trayectoria religiosa, etc. pero, con una misma fe, un mismo Bautismo y un mismo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo que los invita e impulsa para ser “luz, sal y levadura” en cada una de las realidades en las que ellos viven.

Una vez más, al recordar con gratitud, el día en que fue publicada la Bula Pontificia del Papa San Juan Pablo II, teniendo entre nosotros y con nosotros, protagonistas de aquel momento, y siendo conscientes de la vocación y misión que tenemos hoy como discípulos misioneros, y, en este día del envío de una representación de la generación juvenil de nuestra Iglesia diocesana a la Jornada Mundial en Panamá, vale repetir la invitación que nos hiciera el Papa Juan Pablo II en su “testamento pastoral” (Exhortación Apostólica “Nuevo Milenio Naciente”) publicado hace hoy exactamente 18 años, es decir, el 6 de enero de 2001:

*“Recuerden con gratitud el pasado,
vivan con pasión el presente
y ábranse con confianza al futuro:
Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y siempre” (Hb. 13,8)*

Amén.